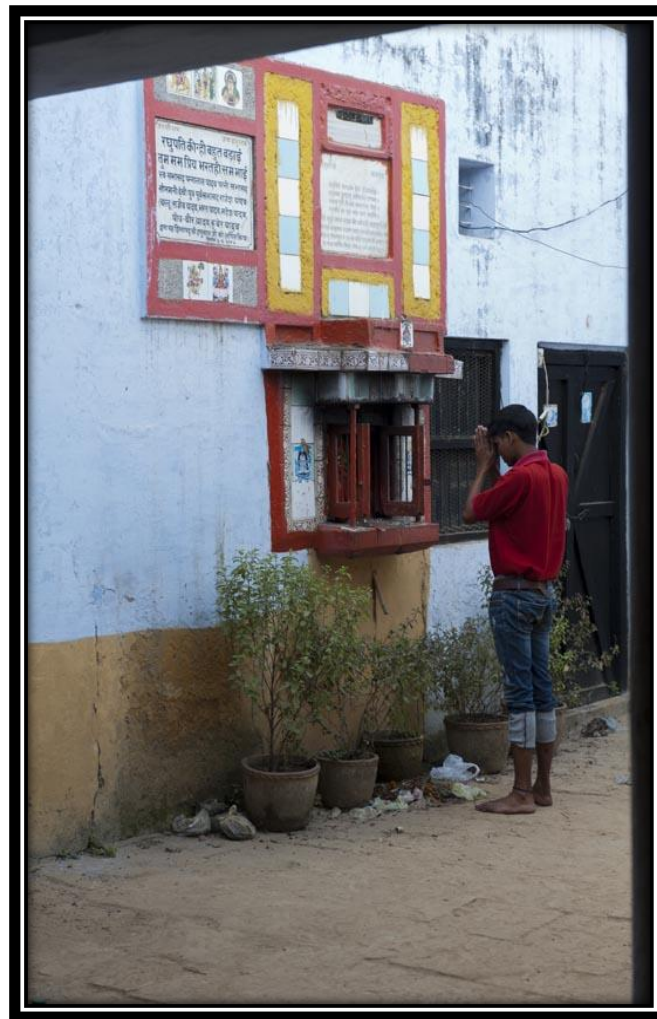


Guerra y espiritualidad en las Artes Marciales indias

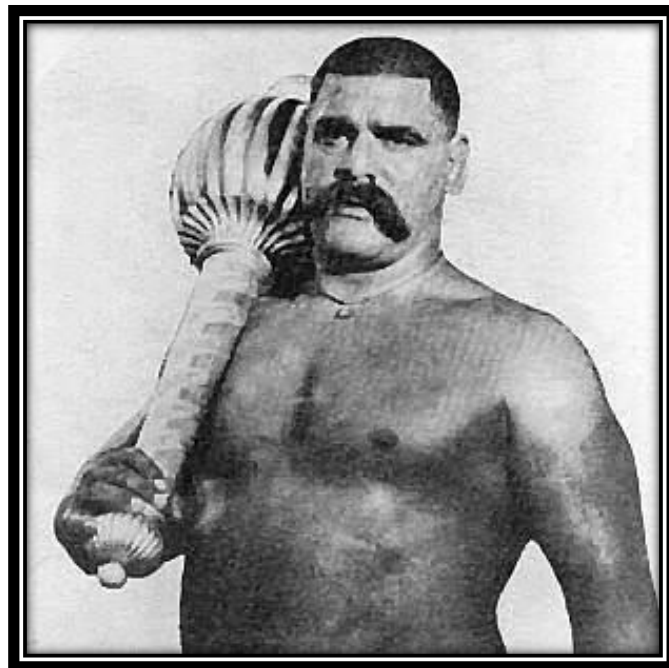


Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2018

Me había impresionado una fotografía del “*Gran Gama*”, aquel extraordinario luchador de Kusti de los pesos pesados imbatido durante los cincuenta años que se mantuvo en activo, un guerrero del pueblo unido para siempre al inconsciente colectivo de todos los aficionados indios a un tipo de lucha tradicional que hunde sus raíces en tiempos de los mogoles.

En el fotograma, el gran campeón punjabi sostenía una enorme *Gada* –maza- con la que, a decir de muchos, pretendía emular, nada más y nada menos, que a Hanuman, el dios mono protector también de muchos *akhadas* diseminados por toda la geografía de la vieja India.

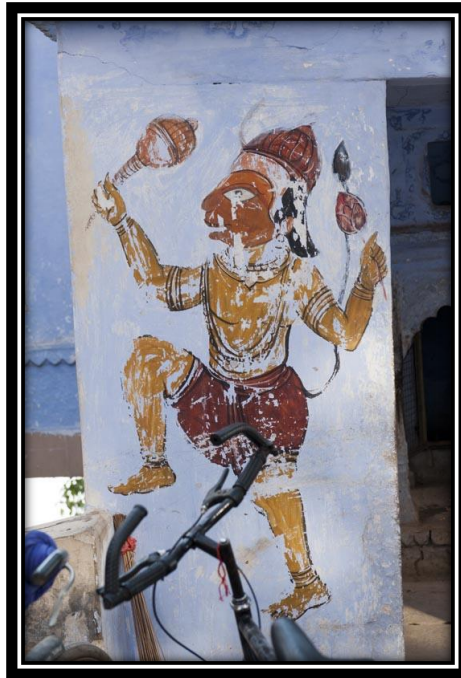


Gran Gama

Había visto la imagen de Hanuman en algunas escuelas de lucha de Benarés, una de ellas, la dirigida por Shri Shyaram, exhibía un mural a la entrada misma del recinto de entrenamiento en el que el dios mono sostenía su propia *Gada* demostrando con ese gesto su enorme fortaleza. Su divinidad allí representada no anticipaba sino algo de mayor calado: el *akhada* no era solo un lugar en el que aprender a luchar, pretendía ser también un recinto sagrado en el que los alumnos se forjaban a sí mismos para conectar su espíritu con el alma de sus ancestros en un afán por lograr trascender sus límites físicos y mentales para alcanzar así un estado de conciencia superior.

Algo similar experimenté cuando me cité con un joven gurú en una escuela de *Banethi*, ese poco conocido sistema de lucha de Madhya Pradesh, con presencia

también en Bengala, que está basado en la práctica del bastón y de la espada y que tiene confluencias con el *Silanbam* de Tamil Nadu.



Hanuman

El maestro, un digno representante de la cuarta generación de instructores de este Arte Marcial en la ciudad de Benarés, tenía una misión con la que cumplir antes de comenzar nuestro reportaje. En efecto, acompañé al *gurukkal* a un templo cercano para, una vez más, rendir homenaje a Hanuman, el fiel sirviente de Rama, algo imprescindible en la agenda diaria de mi anfitrión antes de dedicar la tarde a la enseñanza del Banethi. Llegamos al recinto sagrado y abriéndonos paso entre la multitud que allí se agolpaba realizamos la obligada puja. A partir de aquel momento, cuerpo, mente y espíritu estarían ya dispuestos para la práctica del Arte.

Mucho más al sur, en la ciudad de Bangalore, me había encontrado con Ranjan Mullarat en su academia de *Kalarippayattu*. Ranjan, un hombre de nuestro tiempo, educado, universitario, activo en las redes sociales, abierto al contacto con otros representantes de los movimientos artísticos del Estado en el que vivía, entendía que su Arte Marcial podría contener vectores con los que expresar su propia espiritualidad y, aunque profesaba la fe hinduista, el teatro, la expresión corporal, la música y la creación eran para él un verdadero camino de perfección.

Había tenido la oportunidad de reunirme en Kerala con otros exponentes del *Kalarippayattu*, maestros de generaciones anteriores que profesando diferentes religiones –cristianos, hinduistas, musulmanes- enseñaban desde su perspectiva

espiritual, pero aquel joven gurú de Bangalore sería el primero al que viera transgredir los cánones clásicos, adentrándose en otras formas de expresión espiritual y utilizando para ello un arte tan antiguo como el *Kalari*.

Fue precisamente en la ciudad de Trichur, en Kerala, donde el antropólogo Chumar Choondal me condujo al *P.B. Kalari Shangam*, que dirigía entonces el gurú Higgins. El maestro en ejercicio era seguidor de Bhima, uno de los héroes del *Mahabarata* conocido por su gran estatura e inmensa fuerza física. A mí me resultaba interesante el encuentro entre ambos estudiosos de la tradición del *Kalarippayattu* porque el señor Chumar era un cristiano convencido, mientras que el *gurukkal* Higgins era un hinduista declarado. No obstante, ambos interpretaban el arte desde sus creencias, coincidiendo en la trascendencia de la práctica y explicándola como una auténtica alquimia espiritual para sus alumnos y seguidores.



Gurukkal frente al Pothara

Otro maestro en activo, el *gurukkal* Shri Mewa Ram Ji del *Tulski Akhada* de Benarés, era seguidor del señor Rama, una de las principales divinidades del panteón hinduista cantado en la épica del Ramayana.

A este elenco podríamos añadir otros muchos ejemplos, como aquel punjabí de Amristar seguidor de Gurú Nanak que transmitía el *Gatka* entre sus conciudadanos sijs de manera escrupulosa y sectaria; el *gurukkal* de *Kalarippayattu* de educación cristiana que enseñaba en Calicut; el heredero de una escuela familiar de *Silanbam* residente en Madrás; el joven maestro de *Kathakali* que desarrollaba su actividad en diferentes países del mundo y que había hecho del ejercicio de su teatro una

auténtica filosofía de vida en la que experimentar su unión con Brahma; el *shivaita* ortodoxo viejo profesor de *Paika* de Bhubaneswar, o aquel otro maestro, musulmán chíí de Trivandrum, que solamente enseñaba *Kalarippayattu* a los miembros de su familia.

En efecto, todos ellos consideraban que la práctica de su Arte Marcial era también una forma de espiritualidad, un camino de realización, una manera de alcanzar la excelencia.

Si este patrimonio de la cultura india que forman sistemas tan diversos como el *Kalarippayattu* de Kerala, el *Kusti* de Madhya Pradesh, el *Silambam* y el *Varma Kalai* de Tamil Nadu, el *Banethi* de Bengala, o el *Gatka* del Punjab, está imbuido profundamente por el espíritu de una tradición milenaria sustentada, en gran medida, en la religión, nos podríamos preguntar:

¿Cuál es la procedencia de ése arquetipo que se ha inoculado en el inconsciente colectivo de todo un pueblo?

¿Cuál es la fuente desde la que surge ese entendimiento que cohesiona el arte de la guerra con la sabiduría, la lucha con el desarrollo de la personalidad, la contienda con la iluminación espiritual?



Rama contra sus enemigos

Sabemos que en el medievo las clases sociales dirigentes -brahmanes y *khsatriyas*- promovían los valores del guerrero a través de la práctica de la lucha. Esto fue notorio en el caso de los *Nambudiris*, brahmanes de origen ario que llegaron a Kerala procedentes de Gujarat e introdujeron el sistema de castas en aquel Estado del suroeste; también, entre los *Nairs* -guerreros- de Tamilakan; los *Rajputs* de Guarat, Haryana, Rajastán o Madhya Pradesh; o los *Sijs* del Punjab.

La tesis principal en la que se basaba aquel código era que la acción de la guerra, cuando era legítima, resultaba ser una obligación para el guerrero, a quien la acción desinteresada en el combate le conduciría inexorablemente hacia la liberación espiritual. El campo de batalla no se entendía como un final, incluso cuando la muerte estuviera presente en él, pues se creía que todo aquel que perdiera la vida en el transcurso de la batalla quedaría libre del ciclo de reencarnaciones y alcanzaría la unión con Brahma.

En aquel contexto, conceptos como *bramacharya* –entrega-, *sannyasa* –austeridad-, *vairagya* –desapego- o *karma* –deber- conformarían la mentalidad con la que los guerreros feudales de la India afrontarían la batalla.

No obstante, siguiendo el hilo de la historia, podemos entender que aquel mundo conceptual tenía sus raíces mucho más atrás y algunas razones podríamos encontrarlas en la literatura clásica: Vedas, Ramayana, Mahabarata, Puranas, etcétera.



Krishna y Arjuna

Si nos acercamos a la lectura del Ramayana y del Mahabarata entenderemos cómo ese mismo pueblo en el que el concepto de la no violencia –ahimsa- se llevó hasta sus últimas consecuencias en el proceso de su Independencia, ese mismo país en el que se gestaron religiones que están, por principio, alejadas de cualquier ejercicio violento –Jainismo-, esa cultura que ha dado a la humanidad algunos de los más grandes exponentes espirituales conocidos –Gandhi, Aurobindo, Ramakrishna, Ramana Maharsi, Vivekananda o Tagore- ha sido, a la vez, un campo de batalla casi permanente.

En el Bhagavad Gita, Krishna -encarnación de Vishnu- invita a Arjuna –uno de los cinco hijos del rey Pandu- a hacer la guerra a sus adversarios –los Kauravas, quienes personificaban al guerrero malo e innoble.

Ante la duda de entrar o no en la batalla atendiendo a su conciencia -una conducta que le alejaba de un conflicto inminente con su propia familia- Krishna alecciona al arquero Arjuna acerca del deber del guerrero y del valor que éste ha de mostrar en un combate que se presenta como totalmente legítimo.

El discurso de Krishna es el argumento principal del Bhagavad Gita, y la batalla de Kurukshetra -que enfrentara a los ejércitos de Pandavas, nobles guerreros hijos de Pandu contra los Kauravas, hijos de Dhritarastra- será el acontecimiento en el que se pondrán de manifiesto las enseñanzas del avatar: deber, servicio, acción noble, ruptura con el falso yo, meditación, desapego, iluminación espiritual, etcétera.

Por su parte, las luchas entre Rama -avatar de Visnu- y el demonio Ravana serán el fondo temático del Ramayana, otra de las epopeyas que conforman el grueso de la literatura de la India clásica.

En el desarrollo de esta magnánima obra no habrá límite para la imaginación: todas las armas disponibles serán violentamente utilizadas por ambos contendientes, los dos adversarios unirán sus fuerzas a la de seres sobrenaturales, utilizarán la magia, lanzarán infinidad de proyectiles, cruzarán el campo de batalla subidos a veloces carros tirados por caballos, se mostrarán crueles con sus enemigos, manejaran hachas, venablos, arcos y flechas, mazas o discos de hierro.

Pertenecientes al siglo III a. C., ambos libros no son, de ninguna forma, la última referencia a la que podemos remontarnos para buscar la razón de ser de esa reunión de opuestos que forman la guerra y la sabiduría: una simbiosis que ha terminado por formar parte del espíritu de las Artes Marciales de la India.



Pothara

En el primero de los cuatro Vedas—datado entre el 1500 y el 100 a.C.- el dios Indra avanza hacia sus adversarios destruyendo todo cuanto obstaculiza su camino, matando a sus enemigos sin piedad, asolando campos y ciudades.

Los himnos del Rig Veda, además de explicar la creación del mundo y loar a las divinidades, nos muestran a una sociedad nómada que se desplace en carros,

nombran gran cantidad de armas y escenifican la guerra entre los pueblos védicos -arios- y aquellos otros que poblaban las tierras de la India primigenia.

Otro ejemplo de esta referencia cultural que buscamos lo encontramos en la lectura de los *Upavedas*, o “*pequeños Vedas*”, una serie de libros que acompañan a los cuatro Vedas: *Rigveda*, *Yajurveda*, *Samaveda*, *Atharvaveda*.

Los *upavedas* correspondientes al *Yajurveda* están formados por diferentes tratados entre los que destaca uno muy importante para nuestra investigación: el *Dhanurveda*, una obra que desarrolla la ciencia militar. En este antiguo libro se dan explicaciones que pueden resultar contradictorias: meditación y formaciones militares, oración y lucha a caballo o con elefante, medicina o espionaje, ética o artillería y náutica militar. Este texto es un ejemplo más de cómo ya en el período Védico se había extendido una idea de formación espiritual a través del ejercicio de la guerra.



Finalmente, prosiguiendo este largo viaje hacia el pasado para encontrar elementos que, a día de hoy, formen parte sustancial del inconsciente colectivo del pueblo indio -y por tanto de sus Artes Marciales- habría que interesarse por la égida de los pueblos Indoeuropeos pues, en última instancia, serían ellos quienes llevarían a la India una cultura basada en el ejercicio de la guerra, una guerra amparada en un panteón de dioses que también ejercería ese acto violento para destruir a sus enemigos y conquistar nuevos territorios.

Como ha ocurrido a lo largo de la historia en otras muchas culturas –Grecia, Roma, China o Japón- también en la India el concepto guerrero estuvo unido a la ejemplaridad, la lucha y el combate fueron de la mano de las virtudes caballerescas, y las contiendas llegaron a considerarse plataforma para trascender los obstáculos que impedían a los hombres llegar a desarrollar una conciencia plena.

Mientras escribo estas líneas trato de recordar a los alumnos del P.B. Kalari Shangam caminando hacia su maestro, quien les espera en el centro de la sala de entrenamiento. Diligentes, tocan los pies del *gurukkal* en señal de respeto y, acto seguido, se dirigen al altar *-pothara-* reservado a las divinidades. *El pothara*, situado en una esquina de la pared oeste del recinto sagrado, tiene siete peldaños que representan a los siete protectores de la escuela. Estos son: Brahmi, Maheswari, Kaumari, Vaishnavi, Varahi, Indrani y Chamundi.

Terminadas las pujas, acabadas las plegarias y pasados unos minutos se volverá a escuchar en la arena batida el crepitar de las espadas, el ruido ensordecedor de los bastones al chocar, el silbido en el aire de las jabalinas, el estallido de los gritos de guerra en ese juego eterno de lucha y la paz, de conflicto y plenitud espiritual.

Kenshinkan dôjô 2018